

# INFECTUM

En la parte más alta del acantilado, donde el viento sopla con fuerza y calla los gritos de vidas pasadas, que luchan por ser escuchadas.

Allí, donde la tierra húmeda toca las nubes y se mezcla con el cielo. Ese infierno helado.

Dónde estaba destinada a morir.

---

## Capítulo I

Había elegido un mal día para llevar tacones a la oficina.

Después de incontables visitas a la fotocopidora, por fin tenía entre mis manos la pila de documentos que daban por finalizado mi último caso, a punto de ser archivado. Tras meses de investigación, el asesino en serie más famoso y temido de la ciudad había sido puesto entre rejas.

Y todo gracias a mí.

No es que me guste echarme flores, claro que no, pero soy muy buena en mi trabajo; nadie puede decirme lo contrario.

Sólo quedaba hacer el aburrido y rutinario papeleo antes de cerrar por completo el caso, para poder así tomar mi merecido descanso.

Dejé con pesadez la montaña de papeles sobre mi escritorio y prácticamente me desplomé en la silla frente a él, colgando mis brazos a ambos lados y despojándome de los zapatos sin que nadie pudiera verme, empujándolos bajo la mesa como si quemaran.

Sólo quedaban unas pocas personas y mi reloj ya había dado las once de la noche, por lo que no tenía intenciones de tardar mucho. Observé mi placa policial; era azul marino con una horrible fotografía mía de hace casi seis años, cuando entré en la brigada de investigación criminal y tan sólo era una niña asustada.

Había cambiado mucho desde entonces, había visto demasiadas cosas...

Dejo salir un suspiro mientras me incorporo en mi asiento para así empezar con el trabajo, dejando volar mi imaginación por unos segundos. No podía evitarlo. La próxima semana me dedicaría única y exclusivamente a beber chocolate caliente y a ver series extranjeras dramáticas de dudosa calidad, de esas cuyos subtítulos tienes que leer, en las que la culpa siempre es de la madre rica del protagonista.

Sólo unas pocas horas más y ese deseo se haría realidad. Por fin.

Ya podía sentir la suave y cálida manta de invierno entre mis brazos, junto con el aroma a hogar que había adquirido mi sencillo piso tras siete años. Los ronroneos de Waffles, mi gato calicó sordo, que se había cargado ya tres cortinas al decidir que sería muy, pero que muy divertido usarlas como saco de boxeo o para afilarse las uñas.

Una voz conocida me sacó de esos agradables pensamientos.

—¡Layla, qué suerte que te encuentro!

Dudaba mucho que el acercamiento de mi jefe fuera señal de buenas noticias, y mucho más antes de mi semana de descanso. Lo miré con *cara de póker*, esperando sus palabras y cruzando los dedos en mi imaginación, esperando que tan sólo me diera las buenas noches y se fuera a casa.

El jefe de nuestra sección era un hombre bajito y corpulento con un increíble parecido al famoso sheriff de *Los Simpsons*, salvo que él no comía donuts, sino croquetas con demasiado aceite.

Durante mi tiempo como becaria, me encargué de traer muchas croquetas a su oficina, así que realmente no lo digo por decir.

Como ya he dicho, he visto cosas muy desagradables durante los últimos años. Y la primera cosa de mi lista siempre serán las croquetas de mi jefe.

—¿Has visto las noticias, verdad?— prosiguió el hombre con esmero, apoyando una taza de café medio vacía en mi escritorio. Eso le dio la libertad que quería para gesticular mucho con las manos, como habituaba a hacer. —Ha salido tu pueblo en un reportaje sobre una serie de suicidios, ¿sabías algo de eso? ¿Koud no se qué...?

Ah, sí. ¿Cómo olvidarlo? El lugar donde pasé mi infancia no tiene la misma fama que *Disneyland*, ni mucho menos.

Koudfield llevaba divulgando noticias sobre suicidios desde que mis bisabuelos eran jóvenes, así que no me sorprendía en absoluto: era el pan de cada día por allí.

Continué con mi *cara de poker*, cambiándola lentamente por una más amable para así conseguir que mi jefe me dejara en soledad.

—No es nada nuevo para mí, señor. No me preocupa demasiado.

Mi jefe meditó sus palabras unos segundos, jugando con los dedos, obviamente nervioso. Yo me giré en mi silla tratando de volver a mi trabajo, cuando sus palabras me interrumpieron de nuevo.

—Sabes también que el departamento está haciendo ciertos recortes, ¿verdad...?

Volví a encararle, esta vez más rápido y abriendo los ojos demasiado. —¿Van a despedirme? ¿Después de cerrar el caso de...?

Fui interrumpida por tercera vez consecutiva, esta vez por la mirada casi aterrada del hombre y la negación de sus manos, que se agitaban como si cazara moscas a lo loco.

—¡Nada de eso! Ese pueblo ha querido investigar de una vez los casos de suicidio, por lo que nos han llamado específicamente a nosotros para resolverlo.— hizo una pausa, tratando de dejarme adivinar lo que quería. —Más concretamente, a ti.

¿A mí qué me importaba ese maldito lugar? Mis padres se mudaron hace mucho y solo quedaba una pequeña parte de mi familia materna es ese pueblo. No me interesaba nada que tuviera que ver con ese sitio y mucho menos volver para investigar algo de lo que no se sabe absolutamente nada.

Conocía bien la historia. La gente de allí está acostumbrada y se ha rendido.

—Señor...— Contesté, vigilando mis palabras. —Con el debido respeto, no creo que el caso tenga un culpable. Lleva pasando lo mismo desde hace siglos y, sinceramente, no creo que sea un asesino.— Concluí, bajando la mirada a mis pies descalzos. —Lo mejor es olvidarlo y seguir con nuestras vidas.

Parecía que me lo estaba diciendo a mí misma para tranquilizarme en lugar de tratar de convencer a otros. Mi jefe no pareció muy contento con la respuesta, cruzando sus brazos para darme una mirada.

—Nos han llamado directamente porque alguien que te conoce ha pedido ayuda.— dijo con calma, apoyando el puño contra la mesa y mirándome pidiendo compasión. — Piénsalo; al cerrar tu último caso, te has ganado un nombre. No es uno muy sonado, pero algo es algo... Quieren que los ayudes porque piensan que lo mereces, que tú podrías resolverlo.

Intentaba convencerme. Aunque bien sabía que no tenía otra opción más que asentir y sonreír, por dentro estaba chillando de impotencia.

Llevaba años sin pisar ese lugar y en este punto de mi vida pensaba que jamás tendría que volver. Pero el destino tenía nuevos planes para mí.

Antes de darme cuenta, me encontraba a mí misma buscando asiento en el avión, de camino al norte del país.

---

Thomas era un chico que acababa de llegar al departamento de investigación, recién salido de la academia y con cero experiencia real en el campo.

Por alguna razón, a mi jefe le pareció una genial idea que viniese conmigo a resolver el caso de Koudfield.

Delgado y con el cabello rizado, cumplía perfectamente con el estereotipo de todos los pelirrojos con pecas. Gracioso, joven y despreocupado, pero con las agallas suficientes para investigar un caso así de espeluznante.

Según mi criterio, el misterio de los suicidios tan sólo era eso: un misterio.

No hay un asesino, al contrario de lo que la gente que vive fuera del pueblo cree. Como ya he dicho, sus habitantes estaban demasiado acostumbrados a dichos sucesos.

Sin embargo, yo estaba preparada para saber el porqué de todas esas muertes, ya fuese una persona o un fantasma el responsable.

Tuve la increíble suerte de sentarme en el medio de la fila del avión -nótese mi sarcasmo- entre un hombre que podía sacarme un ojo con el hombro y una mujer con un bebé, que berreó durante la mitad del camino y jugó con mi cabello la otra mitad, a veces llevándoselo a la boca y llenándolo de babas.

*Ugh.* Mal empezamos.

Era cierto que el departamento estaba haciendo recortes, ya que el avión era pequeño y estaba hasta arriba de gente. Pero, por lo menos, imaginaba poder sentarme junto a mi compañero, del que apenas sabía nada.

Thomas miraba con fascinación por la ventana del taxi cuando estábamos en tierra, observando la costa gris, tormentosa y de playas desiertas por el frío de noviembre con grandes y curiosos ojos.

Koudfield se encontraba alrededor de una bahía, con una gran montaña a la derecha de ésta, tan alta que se juntaba con las nubes y te impedía ver la cima. En la ladera de la montaña se veían cientos de casas de distintos colores hasta rodear la costa.

Si no fuera por la oscura historia del lugar, sería un sitio muy bonito donde pasar las vacaciones de verano.

Tragué saliva cuando el taxi nos dejó justo en la puerta de la casa de mis tíos, los únicos que aún vivían allí y que nos habían ofrecido un techo. La casa era grande, con un enorme jardín que de pequeña me parecía tan grande cómo un bosque, donde solía jugar con mis primos.

No pasó mucho tiempo hasta que la puerta de la casa se abrió, dejando ver a mi tía con una gran bata rosa y desgastada que, definitivamente, había visto tiempos mejores.

La mujer, con canas y un moño en lo alto de la cabeza, abrió los brazos para envolverme en ellos, puede que con demasiada fuerza. Mi tía Agnes era una mujer alta y delgada que había trabajado en el campo toda su vida y, por lo tanto, tenía una fuerza superior. Desde pequeña ya sabía que jamás sería tan fuerte como ella.

De pequeña, de hecho, tenía siempre el instinto de coger aire antes de dejarme abrazar por ella, así que volví a hacerlo, como en los viejos tiempos.

Ahora que lo pienso, la extraña manía que tengo de aguantar la respiración cuando abrazo a alguien se debe a ella. Puede que me quedara un poco traumatizada.

—Layla, cariño, ha pasado mucho tiempo...— Me dijo ella con una apacible sonrisa, mientras me acariciaba el cabello castaño y lo colocaba detrás de mis orejas, dejándome la frente al descubierto. —Has crecido mucho desde la última vez que te vi.

Yo bajé la mirada avergonzada. Me sentía culpable por no contactar con ellos durante más de diecinueve años, ni siquiera con mis primos, los mellizos, hijos de Agnes.

La mujer siempre había sido extremadamente religiosa, al contrario que mi madre. Ella siempre dice que es uno de los motivos por los que su hermana se quedó en Koudfield. Busqué con la mirada a mi tío en el recibidor de la casa, pero no había nadie.

Antes de irnos, oía a mi padre hablar por teléfono con sus amigos, quejándose de las peleas que ambas tenían. “Agatha y Agnes están cada vez más insoportables. Cuanto antes nos vayamos de Koudfield, antes acabará esta locura.” le oía decir. Él pensaba que dormía, cuando en realidad había bajado a la cocina para llevarme a mi cuarto una caja con galletas de mantequilla.

Thomas, completamente ajeno a la conversación y obviamente incómodo, se encargó de llevar el equipaje y saludar brevemente a mi tía.

—Acabo de hornear una tarta para vosotros. Por favor, pasad.— Ella volvió a sonreír amablemente, pero mi compañero estaba notoriamente tenso. Yo le devolví la sonrisa, dispuesta a entrar de nuevo en esa casa tras casi dos décadas.

Aún me arrepiento de haberlo hecho.